

mero de ginetes árabes para conducirnos á los cedros de Salomon; árboles famosos que todavía consagran la mas alta cima del Líbano, y que hace siglos van los hombres á venerar como los últimos testigos de la gloria de Salomon. No los describiré aquí. De vuelta de aquella jornada memorable para un viagero, nos estraviámos en las sinuosidades de peñascos y en los numerosos y altos valles que surcan por todas partes este grupo del Líbano, y nos hallamos de pronto en el borde tajado de una inmensa pared de peñascos de unos mil pies de profundidad que ciñen el valle de los Santos. Las paredes de aquel bauarte de granito eran tan perpendiculares, que los mismos gamos de la montaña no hubieran podido hallar en ellas un sendero, y que nuestros Arabes tenían que tenderse de bruces en el suelo y vencerse sobre el abismo para descubrir el fondo del valle. El sol iba declinando, y ya habíamos caminado unas dos horas; hubiéramos temido que caminar todavía otras muchas para hallar nuestro sendero perdido y volver á Eden; apeámonos de nuestros caballos, y confiándonos á uno de nuestros guías, que conocia no lejos de allí una escalera de roca viva, labrada antiguamente por los monges maronitas, inmemoriales moradores de este valle, seguimos un buen trecho los bordes de la cornisa, y bajamos en fin por

aquellos resbaladizos escalones, á una meseta desprendida de la roca y que dominaba todo aquel horizonte,

Descendia el valle primeramente por anchos y suaves declives del pie de las nieves y de los cedros que formaban una mancha negra sobre aquellas nieves; allí se desarrollaba sobre praderas de una verdura amarillenta y delicada como la de las altas grupas del Jura ó de los Alpes, una multitud de espumosos arroyuelos, que arrancan del pie de las nieves, surcaban aquellas herbosas pendientes é iban á reunirse en una sola masa de agua y de espuma al pie del primer escalon de peñascos. Allí el valle se internaba de repente á cuatrocientos ó quinientos pies de profundidad, el torrente se precipitaba con él, y, estendiéndose sobre una ancha superficie, ora cubria el peñasco como con un líquido y trasparente velo, ora se desprendia de él formando airosas bóvedas, y cayendo en fin sobre inmensos y agudos peñones de granito arrancados de la cima, se despedazaba en ellos y resonaba como un eterno trueno; el viento de su caída llegaba hasta nosotros, llevándose como ligeras neblinas el humo del agua de mil colores, la mecía por todo el valle ó la suspendia en rocío á las ramas de los arbustos y á las asperezas de la roca. Prolongándose hácia el norte, el valle de los Santos se

abria y se ensanchaba cada vez mas; luego, á cosa de dos millas del punto en que estábamos situados, dos montañas peladas y cubiertas de sombras se acercaban inclinándose una hácia otra, dejando apenas un boquete de algunas toesas entre sus dos estremidades, donde iba á rematar el valle y á perderse con sus praderas, sus altas vides, sus álamos, sus cipreses y su torrente de leche. Encima de los dos montes que le comprimian como queda dicho, veíase en el horizonte como un lago de un azul mas sombrío que el cielo, que era un pedazo del mar de Siria, ceñido por un golfo fantástico de otras montañas del Líbano; aquel golfo estaba á veinte leguas de nosotros, pero la transparencia del aire nos le mostraba como si estuviera á nuestros pies, y aun distinguíamos dos buques á la vela, que, suspendidos entre el azul del cielo y el del mar, y achicados por la distancia, parecían dos cisnes nadando en nuestro horizonte. Aquel espectáculo nos pasmó de tal suerte en el primer momento, que no fijamos nuestras miradas en ningun pormenor del valle; pero cuando pasó el primer deslumbramiento, y pudimos traspasar con la vista el flotante vapor de la tarde y de las aguas, una escena de otra naturaleza se fué poco á poco desarrollando delante de nosotros.

A cada recodo del torrente donde dejaba su

espuma un poco de trecho á la tierra, veíase un convento de monges maronitas, labrado con piedras de un color pardo sanguineo, sobre el gris del peñasco, y su humo se alzaba en los aires entre copas de abedules y de cipreses. Al rededor de los conventos, pequeñas tierras conquistadas sobre la roca ó el torrente, parecían cultivadas como los huertos mas cuidados de nuestras quintas, y de trecho en trecho, se veía á aquellos maronitas vestidos con sus hábitos negros, que volvian del trabajo del campo, unos con la azada al hombro, otros conduciendo reducidas manadas de potros árabes, cuales manejando el arado y picando sus bueyes entre las moreras. Muchas de aquellas casas de oracion y de trabajo estaban suspendidas, con sus capillas y sus ermitas, en los cabos avanzados de dos inmensas cordilleras de montañas; otras estaban labradas como grutas de fieras en el peñasco mismo; de estos solo se veían la puerta coronada de un arco diagonal de donde pendía la campana, y algunas pequeñas azoteas labradas bajo la bóveda misma de la roca adonde los frailes viejos y achacosos iban á respirar el aire y á ver un poco de sol y de verdura. En ciertos realces de los precipicios, el ojo no podia reconocer ningun camino, pero aun allí se veían un convento, una soledad, un oratorio, una ermita, y algunas figuras de soli-

tarios circulando entre los peñascos y los arbustos, trabajando, leyendo ó haciendo oracion. Uno de aquellos conventos era una imprenta árabe para la instruccion del pueblo maronita, y se veia en la azotea una multitud de frailes que iban y venian, y esfendian en zarzos de caña los pliegos blancos del papel húmedo. Nada puede representar, como ne sea el pincel, la muchedumbre y lo pintoresco de aquellos retiros; cada piedra parecia haber producido su celda, cada gruta su ermita; cada fuente tenia su movimiento y su vida, cada arbol su solitario bajo su sombra; por dó quiera donde caian los ojos, veian el valle, la montaña, los precipicios, animarse, por decirlo así, bajo su mirada, y una escena de vida, de oracion, de contemplacion desprenderse de aquellas eternas moles ó mezclarse á ellas para consagrarlas: pero pronto se hundió el sol en el horizonte, cesaron los trabajos del dia, y todas las figuras negras esparcidas por el valle entraron en las grutas ó en los monasterios. En todas partes tocaron las campanas la hora del recogimiento y del oficio de la tarde, — unas con la voz fuerte y vibrante de los recios vendabales en el mar, otras con las voces leves y argentinas de los pájaros en los trigos; estas lastimeras y lejanas, como suspiros en la noche y en el desierto; todas aquellas campanas se respon-

dian de las dos márgenes opuestas del valle, y los mil ecos de las grutas y de los precipicios, se enviaban sus sonidos en confusos murmullos repercutados, mezclados con el rugido del torrente, el rumor de los cedros y las mil sonoras cascadas que surcan las dos faldas de los montes. Luego hubo un momento de silencio, á que siguió un nuevo rumor mas blando, grave y melancólico; era el canto de los salmos que, alzándose al mismo tiempo de cada monasterio, de cada iglesia, de cada oratorio, de cada celda, se mezclaba, se confundia subiendo hasta nosotros como un vasto murmullo y parecia una sola melodiosa queja del valle entero que acababa de tomar un alma y una voz; luego una nube perfumó aquel aire que hubieran podido respirar los ángeles; quedamos mudos y encantados como aquellos espíritus celestiales cuando, volando por primera vez sobre el globo que creian desierto, oyeron subir de aquellas mismas orillas la primera oracion de los hombres; comprendimos lo que era la voz del hombre para vivificar la naturaleza mas muerta, y lo que será la poesía al fin de los tiempos cuando, absortos y confundidos en uno solo todos los sentimientos del corazon humano, no será en la tierra mas que una adoracion y un himno!